



Francisco Coloane cumplirá, el próximo sábado 19 de julio, 87 años. Conversamos con él sobre su niñez y su vejez, sus relaciones con el mar,

cómo comenzó a escribir, cómo lo marcó la dictadura y por supuesto sus sentimientos frente al éxito. En Chile **El último grumeto de la**

Baquedano lleva un millón de ejemplares publicados y en Europa sus obras han sido editadas en cientos de miles de ejemplares en varios idiomas

VICTOR DE LA FUENTE

"El mar me mantiene vivo"

Francisco Coloane, ese solitario que nos ha hecho soñar desde niños con sus historias de marinos y hombres de la Patagonia, que con la fuerza de sus palabras nos enseñó a leer y amar la literatura, ese gran escritor que ha mantenido una vida de principios inescindibles, respondió con modestia y humor a todas las preguntas, incluso anunció su fallecimiento a los 88 años, en 1998, ya que, insistió, le gusta mucho el número ocho.

—**Usted ha tenido gran éxito en Europa, incluso ha sido condecorado Caballero de la Orden Nacional de las Artes y las Letras de Francia. ¿Cuál es su sentimiento?**

—Me siento muy feliz y agradecido por el reconocimiento. Pero yo soy un escritor como cualquier otro, ocioso y corriente.

—**Usted habla con exceso de modestia ya que recibió nueve veces consecutivas, desde lanzó la traducción al francés de "Golfo de Pumas", quinto libro publicado en Francia con un nuevo éxito tanto de ventas como de crítica.**

—Y estoy feliz y muy emocionado —quinta debido a mi edad— sinceramente siento una alegría rara, la alegría de vivir. Lo celebraba con mi hijo, solo faltaba mi mujer, Eliana, que se quedó en Santiago, para compartir con nosotros esa felicidad. A lo mejor nos hubiésemos quedado a vivir en Saint Malo (Fr) porque me encontré con una chilena que vive hace treinta años allí, no era de Chile como yo, pero era de Valparaíso y vive feliz en Saint Malo, junto al mar. En Saint Malo lo he pasado muy bien, con amigos como Luis Sepúlveda, Patricio Marín, Valodia Teitelboim. El año pasado estuvimos por última vez con Osvaldo Horacio y una escritora peruana que nos atrajo a todos por su inteligencia y su belleza.

—**Algunos comparan Bretaña con Chile. ¿Podríamos comparar Saint Malo con Quemchi, donde usted nació?**

—Son muy iguales, con la diferencia que Saint Malo tiene cincuenta mil habitantes y Quemchi nunca ha pasado de mil. La madre del puerto francés se parece mucho a la de Quemchi por las puntas que aparecen en el morro Lobo, sobre todo que la bajamar con la pleamar tienen, en Saint Malo —como en Quemchi— un desnivel de hasta ocho metros y la marea se retira más de un kilómetro en ambos lugares y la gente sale igual a sacar mariscos. Además también suceden cosas extraordinarias, por ejemplo, el otro día mirando el mar me pareció ver una ballena, que estaba chorrón al aire y luego volaba, en realidad era un avión pero a mí me pareció que era una ballena.

—**¿El mar le trae recuerdos de su niñez?**

—Totalmente. En mi casa de pifón era como vivir sobre el mar. En el cuarto del hotel donde estuve alojado había una

reproducción de un cuadro de Rembrandt con dos damas navegando en un bote, igual a un paisaje de la rada de Huelva, y me hizo recordar cuando yo llevaba en bote a la señorita Alda Montiel, la hija de Don Julián, que se fue a luchar por Francia y nunca volvió. Cuando mi padre murió, lo tengo muy presente, en la madrugada del 11 de agosto de 1918, yo tenía nueve años y justo antes de expirar me dijo "volvamos al mar" y yo siempre vuelvo al mar, tanto en Chile como en Quintero e incluso en Gapi, en Francia donde tengo dos nietas. A mis 87 años aún puedo dar varias brazadas y luego salgo del mar, de espaldas, apoyándose en las olas, como los botes.

—**¿Usted navegaba con su padre?**

—Desde muy niño, él me llevaba a bordo de sus botes. Mi padre fue capitán de un barco ballenero y también del remolcador Victoria que sacaba veleros a mar abierto y el último tiempo fue capitán del Río Gallegos un barco de cabotaje. Mi vida está muy ligada a los barcos, y dejé de contactarlo con un barco francés, el Artique, naufragó en la boca oriental del Estrecho de Magallanes y los marineros franceses, que felizmente se salvaron, fueron los primeros en descubrir oro en Magallanes.

—**¿Trabajó usted desde muy joven?**

—Efectivamente. A los 13 años me fui a Punta Arenas y a los 14 empecé a

ganarme la vida escribiendo a mano, ya que tenía buena caligrafía, en la oficina del abogado Santiago Toro Lora, quien me pagaba tres pesos cincuenta por cada escrito. Trabajando unos tres meses al año podía comprarme algunos libros y financiar mis estudios. A los 18 hice el servicio militar y a los 19 me fui a trabajar a una cordería en Tierra del Fuego, en la Estancia Bara, propiedad de doña Bara Bara, donde trabajé como traquilador y capador a dientes, gracias a mi buena dentadura.

—**¿Usted frecuentó gente poligráfica —que le inspiró personajes para sus cuentos— pero ¿sufrió usted mismo la violencia?**

—Recordando una celebración de Año Nuevo en la Estancia Bara en que se produjo

una gigantesca pelea entre peones y corderos. Yo tomé partido por los corderos a puñete limpio, en un momento entré a la cocina, sin saber que el cocinero era pariente del hombre al que yo había golpeado, y el cocinero me lanzó un cuchillo que, felizmente, no me tocó pues se me lo clavó en la mano. El cuchillo quedó temblando en el quicio de la puerta. Esa historia la conté en el cuento **Pascua salvaje**.

Hay que decir que en Punta Arenas yo pertenecía a un club de box, no fui un gran boxeador pero sí sé defenderme, claro que ahora, con la vejez, evito pelear (risa).

—**¿Entonces se pone rayas blancas en la cara, como lo que cuenta sobre los indios onas?**

—Ahora no necesito, porque tengo una barba blanca, que me defiende como las rayas de los onas. Ellos se pintaban rayas blancas y rojas cuando andaban alegres, las rayas negras se les habían que no querían que los conversaran. Podríamos decir que eran mucho más civilizados, a mí me gustaría que la gente anduviera con rayas y uno supiera a qué aliterarse. Hablando de onas, recuerdo haber leído, hace mucho tiempo, en un diario de Magallanes, que habían tomado presos por ladrones de corderos, a Pastour, Dumais y Darwin. Eran indios onas cuyos padres les habían puesto nombres ilustres sacados de las penínsulas Dumais, Pastour y el monte Darwin.

Los tres fueron enviados presos a la Isla Dawson, donde después, bajo el régimen de Pinochet, estuvieron presos varios amigos míos.

—**¿Qué es lo que más recuerda de esos tiempos?**

—Sin duda el asesinato de mis amigos Santiago Nattino, José Manuel Parada y Manuel Guerrero. Fue algo salvaje, ni siquiera los supieron degollar. Es una trágica espina que llevo clavada en mi corazón.

—**¿De dónde viene su conciencia social?**

—Mi madre tenía un bote grande y una red. Tres pescados salían en el bote y cuando volaban, ella distribuía una parte para cada uno de los pescadores y mi madre se quedaba con dos partes, una por el bote y otra por la red, y a mí me parecía injusto. Desde mi niñez he visto muchas injusticias y siempre he estado de parte de los más explotados. Como escritor me siento comprometido con la libertad y la bondad.

—**¿Cuándo comenzó a escribir?**

—Cuando me vine a Santiago tenía veinte años. Una noche soñé con un compañero de la estancia donde había trabajado. Larkin, un australiano que siempre discutía sobre la guerra de Galipoli con el segundo administrador, MacKay, un escocés, y le reprochaba que los escoceses habían traicionado a un destacamento australiano. Cuando desperté escribí el cuento **El australiano**. En Santiago yo vivía en una pensión maldita ya que varias personas habían muerto allí. Un día que estaba en cama, con fiebre, un periodista amigo, José Rosal Boscá, que me dijo que escribiera un cuento ya que El Mercurio pagaba ciento cincuenta pesos.

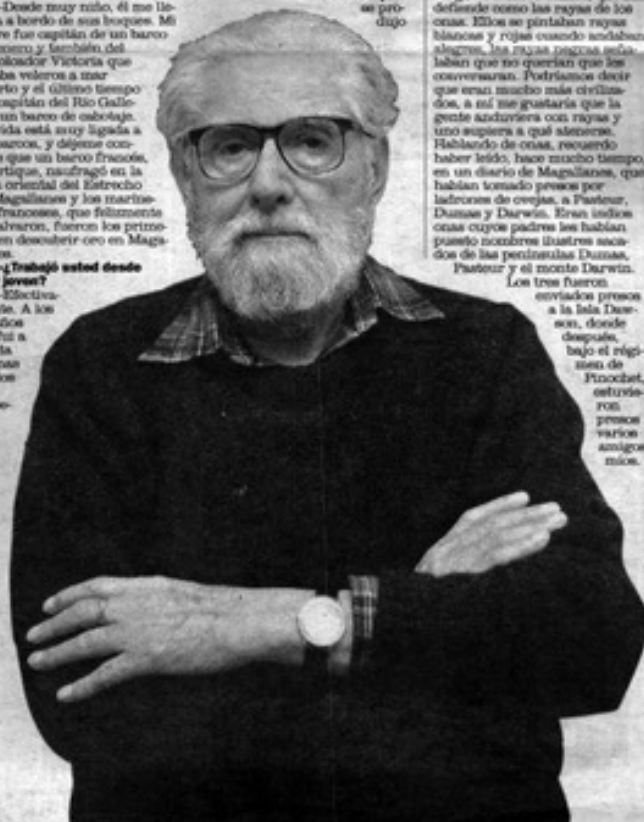
Como tenía tiempo y necesitaba dinero para remedios, escribí **Lobo de dos peles**, que salió publicado y muy bien ilustrado por el "cousincho" Alvarez.

—**Y después ¿cómo siguió escribiendo?**

—Al comienzo escribía cuando tenía un poco de tiempo libre, cuando estaba enfermo, un cuento por cada resfriado. Escribo como me salen las palabras, como le estoy hablando a usted, como afluyen mis recuerdos. Siempre escribo a mano y mi mujer le pasa en limpio en su computador, que para mí sigue siendo un elemento diabólico y misterioso. Fíjese que los trabajos salen mejores, quizás mi mujer le agrada de su imaginación y otro poco le agrada el propio computador. Claro que trabajo bastante poco. Como decía Conrad, un escritor debe olvidar su frase como una tripulación lava su cubierta, como yo, siempre vuelvo al mar.

—**¿Y ahora, al cumplir 87 años, ¿qué le gustaría hacer?**

—Pasar este invierno para ir a la cabaña que tengo en Quintero, en la Cueva del Pirul y nadar en la playa de las conchitas. Claro, no crea que me voy a pasar horas nadando, ahora nado solo unos veinticinco metros de pecho y vuelvo de espaldas. El mar me mantiene vivo y pienso vivir hasta los 98 años, me gusta mucho el número ocho, me da suerte, así que le anuncio mi fallecimiento a los 88 años, en 1998, siempre que sea nadando en el mar.



"El mar me mantiene vivo" [artículo] Víctor de la Fuente.

Libros y documentos

AUTORÍA

Coloane, Francisco, 1910-2002

FECHA DE PUBLICACIÓN

1997

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

"El mar me mantiene vivo" [artículo] Víctor de la Fuente. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile